

EL MAGISTRADO EN EL RECURSO DEL MÉTODO: EL CHOQUE DE IDENTIDADES

Óscar Alvarado Vega*

RESUMEN

En la novela de Alejo Carpentier, El recurso del método, el Magistrado, como personaje fundamental del texto, va tejiendo para sí una determinada identidad que lo separa de su pueblo paulatinamente e intenta acercarse al modelo cultural y de conocimiento por antonomasia: París. Su intento, sin embargo, no logra fructificar, pues la derrota que sufre como mandatario y su posterior derrocamiento, le originan el rechazo por parte de Europa y el mundo deseado. A partir de tal situación, el Magistrado deviene en un personaje cuya identidad se ve sumergida en la ambigüedad, y hace de él un ladino, un mestizo.

Así, el irrespeto a los derechos humanos que aquellos poseen son pisoteados

* Licenciado en Filología Española. Máster en Literatura Latinoamericana. Profesor de la Escuela de Estudios Generales de la UCR y Productor Académico de la UNED.

por el Magistrado sin consideración alguna, lo cual termina de reafirmar su carácter tiránico e inhumano.

INTRODUCCIÓN

Todo texto es poseedor de una determinada dimensión de sentido, lo cual lo define en función más o menos reveladora de un determinado “efecto” de significación. Ello presupone a la literatura, a la obra literaria, como una portadora de significado dentro de la gama de múltiples significaciones que lo textual comporta. La producción literaria acompaña al hombre en su quehacer cultural como producto insoslayable de tal desarrollo, lo cual confirma la relación existente entre producto y productor, sin delimitar –razón más que difícil– cuál es la posición de uno u otra.

Ante tal panorámica, intentaremos una lectura cuyo enfoque está fijado hacia el problema del sujeto en su relación social, y su incorporación a determinados parámetros “funcionales” o de integración a las costumbres y hábitos propios de una cultura, grupo social o país, y la posibilidad de aceptación o rechazo que este sujeto pueda experimentar. No debe olvidarse que todo sujeto tiende a asimilar o apropiarse aspectos, cualidades o atributos del otro, es decir, del entorno, de su grupo, lo cual lo va in-

corporando y definiendo a partir de tal grupo con el cual se identifica y el cual le permite, de tal forma, elaborar su personalidad. Asimismo, la incorporación es la apropiación de características más objetuales, con las que el sujeto tiende a “completarse”. Para ello, nuestro marco de análisis está fijado en la novela *El recurso del método*, de Alejo Carpentier, cuyo personaje principal se halla entre las letras y la barbarie, aunque privilegiando la segunda con tal de mantenerse en el poder.

La relación entre sujetos y el compartir rasgos comunes que permitan la posibilidad del reconocimiento, es lo que va prefigurando el proceso de identidad colectiva de grupos, pueblos, naciones o continentes. Ello es una toma de conciencia que permite a los sujetos formar una determinada idiosincrasia. Esta capacidad de establecer intereses comunes, prefigura esta identidad, la cual está definida como un sentido de pertenencia a un determinado grupo, sea cual sea su número. Es así como la identidad está asociada a un proceso histórico común, a una conciencia histórica, a un desarrollo permanente, cuyos hilos se tienden a lo largo de la historia de los pueblos. En nuestro caso, estamos constituidos a partir de una multiplicidad: lo europeo, lo indígena y

lo africano, básicamente, que hacen de Latinoamérica una cultura múltiple, tal como lo concibe el propio Carpentier. Así, la identidad se esboza dentro del concepto de la misimidad, es decir, de las confluencias establecidas dentro de ese determinado grupo, lo cual no implica que la alteridad, dentro de límites razonables, se constituya en una amenaza. La identidad, por lo tanto, debe proyectar el desarrollo y la formación de la historia y la idiosincrasia de cada pueblo, por encima de la opresión que, más que enriquecer ésta, la degrada y desvaloriza. Son los grupos sociales quienes establecen el arraigo o caída de una identidad determinada. Esta se funda a partir de un proceso que busca consolidarse, y no a partir de imposiciones radicales de (en) un sujeto o un grupo.

Lo anterior nos permite, ahora sí, señalar que el personaje central de esta novela, identificado básicamente como El Magistrado, es un gobernante arribista, en la medida en que llega al poder gracias a un golpe de estado, y se posesiona, a partir de ese momento, y durante gran cantidad de años, del poder en su país innominado, tercermundista, estableciéndose allí como tirano, capaz de las peores represiones con tal de mantenerse en la cúspide y forjarse la inmortalidad desde ella:

“...Había ascendido al poder por un golpe de estado; que había sido confirmado en su mando por unas elecciones fraudulentas; que sus poderes habían sido prorrogados mediante una arbitraria reforma de la Constitución; que sus reelecciones...” (Carpentier 1974:61).

Desencuentros

Su mandato y la forma demagógica que en principio utiliza para manejar a su antojo al pueblo, gracias a la recurrencia de discursos cargados de florituras y contenidos vacíos, se van debilitando a partir de la toma de conciencia de ese pueblo oprimido y explotado. Las bases sociales se conmueven en la medida en que caudillos o líderes, que aprovechan el descontento popular, hacen reaccionar a la masa con el objetivo de lograr justicia, derrocar al tirano y establecer una Patria libre y soberana. El Estudiante, antagonista del Magistrado, se convierte en personaje fundamental para el logro de tal liberación. Su función simbólica, como representante del pueblo y de los grupos intelectuales, le permiten erigirse en personaje esencial de la emancipación –en principio, al menos– de su Nación. El Magistrado, no obstante, revela su verdadera personalidad a lo largo del desarrollo textual, y es ello, precisamente, lo que lo define como

bárbaro, en contraposición con el pueblo. El tirano se asume como el poseedor de la verdad y de la ciencia, como el paradigma de la civilización, como el “escogido” para civilizar a su país, sin darse cuenta, no obstante, de que el verdadero bárbaro es él, en tanto que utiliza la violencia desmedida, la represión sin límites, con el objetivo de perpetuarse en el poder y ganarse un lugar en el Larousse, paradigma de la cultura, entendida ésta, erróneamente, como saber, como civilización. Así, el diccionario es el símbolo del saber en la medida en que es editado en el centro cultural por antonomasia: Francia. Ante tal acontecer, los actos del tirano, entonces, lo tornan contradictorio, pues en realidad es él quien se configura como el gran bárbaro, ente cuya función en el paralelo civilización-barbarie, contribuye a moldearlo y lo signa como el gran explotador. Ello precisamente determina que el Magistrado devenga en personaje “neutro” en la medida en que se produce en él un rechazo hacia sus raíces, si bien no radical ni consciente, sí bastante notable y, además, es incapaz de plegarse –pues no es aceptado– a la cultura europea, la cual representa su modelo anhelado. Es así como se observa que su alimentación incluye platillos criollos, pero que también sus actos demuestran una inclina-

ción hacia un proyecto de vida y de ser diferente del que sus primeras nociones de identidad social le delimitan. Su supuesto carácter ilustrado y su exaltación desmedida por lo europeo en detrimento de los valores autóctonos de su pueblo, lo moldean como el gran bárbaro, tal como se ha mencionado. Se da, así, el enfrentamiento entre el pueblo, defensor de su soberanía y de sus raíces, en contra del Magistrado, mestizo en tanto que rechaza su raíz social para ir en busca de otra. El pueblo posee el espíritu criollo que lo impulsa a defender sus raíces, sus valores... ¡La Patria! Él, sin embargo, utiliza los recursos que el discurso le permite para perpetuarse en el poder, para ascender a su objetivo, el cual radica en la posibilidad de convertirse en uno más del centro de la cultura, en donde se codea con la riqueza y los “privilegiados”.

La relación entre el Magistrado y su pueblo es de antinomias, pues tal como lo señala Fernando Aínsa en el artículo “Problemática de la identidad en el discurso narrativo latinoamericano”, se da una ambivalencia a partir del arraigo y la evasión, la identidad y la alienación, el nacionalismo y el cosmopolitismo, la civilización y la barbarie, cuyos protagonistas pugnan de manera violenta por establecer el predominio de algunas de estas nociones. Es, como lo dice el mis-

mo autor, en relación con la temática latinoamericana, un antagonismo manifiesto entre el movimiento centrípeto y el centrífugo, aunque sin caer, en este texto en particular, en posiciones extremas.

Al no poseer el Magistrado una plena conciencia de cultura –como sí la poseen otros que emprenden la acción de derrocarlo– es incapaz de adaptarse a su entorno social, del cual se desliga paulatinamente y carece de la posibilidad de completarse, e incorporarse como uno más, en la cultura europea, por lo que se queda a mitad de camino, incapaz de retroceder o de avanzar, se vuelve mestizo, punto intermedio entre dos culturas, marginado. Las características específicas de uno u otro grupo le quedan vedadas, lo cual prepara el camino para su derrocamiento. Esta ruptura con las programaciones que lo ligan a un determinado grupo social, y que lo desarraigan, unido a la incapacidad de plegarse a otro grupo, se constituye en razón fundamental que establece su caída: su poder se debilita y su mestizaje lo precipita en la derrota. El Otro se convierte en lo deseado, en el motivo que impulsa sus acciones. En el caso del pueblo, es decir, de la Nación, el motivo impulsor se define, más bien, a partir de la mismidad, es decir, de los valores autóctonos y del anhelo de acabar con la

represión. El Magistrado se convierte en antihéroe en oposición con el pueblo que deviene en héroe colectivo. De tal manera que el Magistrado, como mestizo o ladino, “evoluciona” a personaje ambiguo, de identidad en conflicto. Su mente gravita en torno a una cultura que no es la suya y a la cual no logra asimilarse, por lo cual el desarraigo es aún más pronunciado.

No debe olvidarse que una determinada memoria social lleva a una consecuente proyección como producto de ésta, e identifica al sujeto con determinadas programaciones sociales que, a su vez, le han de conferir una identidad social preestablecida y ligada a una serie de valores que responden, directamente, a un ser social. Estos valores se constituyen en la memoria de un grupo, de una región, de un pueblo, de un país, y son los fundantes de una identidad caracterizadora de ese grupo humano. Quien no calza dentro de los parámetros establecidos para ese conjunto de entes, se convierte en un (auto) marginado, y deviene irremediabilmente en mestizo o ladino.

Lo anteriormente señalado confirma al Magistrado como un mestizo, un ser que ha optado por irse desligando de sus raíces culturales y ha ido tomando partido por otro grupo (en este caso corresponde a

la cultura europea) e intenta, más bien, romper con la memoria que lo ha definido para fundarse a partir de una nueva proyección, cuyas raíces lo alejan en gran medida de las suyas y lo llevan a incorporarse a otra cultura, sueño que, sin embargo, no logra materializar y lo convierte en el ente ambiguo del cual ya hemos hablado. Esto es, precisamente, lo que lo convierte en expresión clara del “caudillo” poseedor de antivalores, el cual escinde el paralelo memoria-proyección, al olvidar los rasgos definitorios de su programación social, para intentar independizarse plenamente de estos: rechaza la relación inmediata definitoria del ser, de su ser, pues su deseo radica en consolidarse como el héroe, el semidiós, el inmortal en el recuerdo de los pueblos (fracaso que habrá de acelerar su muerte después de ser derrocado y de perder su poder).

Lo señalado nos permite afirmar que en el texto se maneja la isotopía cultura americana/cultura europea como uno de los ejes centrales de la novela, lo cual da paso a la bipolaridad de valores, a la confluencia de culturas diferentes, cuyo puente es el Magistrado mismo en su intento de privilegiar una sobre la otra. Exaltamos, por lo tanto, el necesario devenir cultural del hombre y la necesidad de desarrollo, pero jamás de imposi-

ción. Así, la identidad debe fundarse a partir de ese entorno cultural en el cual nos desarrollamos y nos definimos como hombres y como pueblo; el rechazo de estos supone el cambio que desvaloriza y nos sumerge en la otredad. El Magistrado avanza hacia ella, mas se queda a mitad de camino y no logra incorporarse... se latiniza:

“No te ofrezco el París de las hembras y del Restaurant Maxim’s, como haría con cualquier rastacuero nuestro. Te propongo el París de La Sorbona, De Bergson, de Paul Rivet, que según parece sabe mucho de nuestras cosas y publicó, hace poco, por cierto, un magnífico estudio sobre una momia que regalé, hace dos años, al museo del Trocadero” (Carpentier 1974:266).

La cita anterior reafirma, plenamente, el carácter mestizo que caracteriza al “Presidente” en la medida en que sobrevalora el ambiente parisino en contraposición con lo criollo, lo propio, en donde lo que se encuentra son rastacueros, tal como él lo señala, y en donde se palpa, de manera manifiesta, la oposición entre lo culto y lo inculto, según los cánones con los cuales se conduce el Magistrado.

En concordancia con lo señalado, nos dice Gastón Gaínza en su artí-

culo “Herencia, identidad y discursos” que la identidad está definida como la toma de conciencia social cotidiana, a partir de la cual cada ser humano se hace depositario de una serie de características que lo distinguen de los demás y le dan sus rasgos particulares; lo hacen único. Ello sin hacer a un lado la programación social a la cual el individuo se ve sujeto y que hace, señala el autor mencionado, que la identidad se despliegue como memoria y proyección, sin olvidar su característica primordial de proceso, es decir, de continua formación o “evolución”:

“...no hay identidad sin una herencia, no hay identidad sin una proyección.” (Gaínza 1992:56).

El autor mencionado agrega, además, que la noción de identidad es inseparable de los movimientos sociales:

“El movimiento social es el resultado de interacciones coyunturales entre actores sociales, enfrentados por conflictos sociales en espacios o escenarios sociales. La identidad de un grupo está, por tanto, inevitablemente condicionada por su actoría social –protagonismo o sumisión a las condiciones dominantes–, por la índole de los conflictos con los otros grupos y por la naturaleza del escena-

rio social en que se desenvuelve su proyecto.” (Gaínza 1992:56).

Es así como las programaciones sociales establecen la diferencia entre los individuos y los grupos en relación con otros con formaciones diferentes.

Esto es palpable en la función que desempeña el Magistrado, al obviar las diferencias y exacerbar su protagonismo, al tiempo que explota la coyuntura social en que lleva a cabo su función represiva, más que gobierno, y da paso a un régimen despótico y sangriento. Así, la ambigüedad con que mueve los hilos de su mandato, de su vida, y los de su pueblo, al ocultar una serie de vicios que luego se irán haciendo palpables, se va tornando cada vez menos difusa hasta acabar con el paralelismo ser-parecer, y dar paso a la verdad: su gobierno se va debilitando ante el fervor popular que pide cambios, merced a la violencia que ejerce durante años contra él con el fin de acallarlos:

“Aceptado antaño por una mayoría de compatriotas como el hombre de mano enérgica que, en un momento de crisis, de desórdenes, pudo enderezar los destinos del país, había visto su prestigio menguado, con alarmante deterioro de autoridad, tras de cada trácala, por él in-

ventada, para permanecer en el poder.”(Carpentier 1974:138).

El Magistrado, por lo tanto, trata de establecer su popularidad y el favor del pueblo, apoyándose en esa mentira del parecer que, ante la caída de la máscara, devela su ser y lo pone tal cual es ante su nación, por lo que da inicio a una actitud represiva irrefrenable, la cual le será sumamente eficaz como aplicación de su *recurso* para mantenerse en el poder.

Así, su identidad, como proceso, lo hace verse envuelto en una situación conflictiva que lo conduce paulatinamente al derrocamiento. La otredad, presupuesta en el pueblo, establece una relación de choque que lleva necesariamente a la ruptura. El Magistrado, al entrar en contradicción con los demás (el otro), va preparando, sin saberlo, su caída.

A partir de lo señalado, concordamos con el juicio emitido por Gaínza en otro artículo titulado “De exilios y extrañamientos”, en el cual señala la existencia de oposiciones en la formación de identidad dentro del proceso social:

“...las formaciones sociales que han existido y existen suponen (...) contradicciones y diferencias entre los distintos sectores que las constituyen; esa oposi-

ción origina una variada distribución de otredades y mismidades, diferenciadas según la posición social de los diferentes sujetos o actores involucrados en la respectiva reproducción social." (Gáinza 1993:83).

Esta cita corrobora nuestra idea con respecto al Magistrado: su identidad entra en franca oposición con los ideales que posee el pueblo; la presencia de la mismidad entre clases sociales no existe, pero en esta obra se da paso al de la otredad, lo cual lleva al conflicto y a la separación. El mismo poder económico y social influye de manera decisiva en este desligamiento. La imposición del Magistrado se convierte en una negación radical del pueblo. Así, el choque de identidades sociales impide la consolidación de una sola, y produce más bien el inevitable choque entre el "Presidente" y sus ideas de corte europeo y el pueblo que intenta, a través del Estudiante como figura simbólica, consolidar su idiosincrasia o al menos no separarse de ésta radicalmente. El Magistrado fracasa al querer imponer su voluntad, pues su búsqueda de una determinada identidad no le permite, sin embargo cambiar la de su nación, entidad que se resiste no sólo a la opresión, sino también a caer en la enajenación que el cambio de valores arraigados provocaría en su ser social. Ello se vuelve en castigo pa-

ra éste, percibido como crueldad por él mismo. El Magistrado, desde su perspectiva, se niega, al inicio, a asimilar la idea del derrocamiento; no obstante, la muerte prepara la "aceptación", si así se lo puede llamar, dolorosa y postrera.

Tal enfrentamiento, al margen de triunfos y derrotas, está sujeto plenamente al orden cultural establecido en que se mueven los personajes, por lo que el conflicto se torna una lucha en pos de una identidad social propia y definitoria: los personajes no escapan de sus preceptos sociales y antes que separarse de ésta intentan más bien la consolidación, mientras que el "presidente" en ningún momento se logra desligar plenamente, pero tampoco alcanza a identificarse o plegarse a otra cultura, la cultura del Otro, de lo europeo, lo cual hace de él un personaje ambiguo y en conflicto. Simplemente cambia su función social aun en contra de su voluntad, no se asimila al "grupo masa", es decir el pueblo, que más bien lo excluye de la élite gobernante, al derrocarlo y contribuye a anular el advenimiento del Magistrado al espacio del Otro, del poseedor de la "cultura", tal como el mismo Magistrado lo cree. Es ese su mayor conflicto. El paso a la otredad, es decir, la "caída" que éste sufre y que lo convierte en uno más de tantos

caudillos derrocados, es el camino ineludible de la privación del poder. Así, su identidad está definida a partir de un determinado sector social iberoamericano: el correspondiente a los ladinos, los cuales, aún contra sus voluntades, se fundan a partir de una identidad alienada, en la medida en que pretenden convertirse en aquello que nunca podrán alcanzar, aunque también pueden conceptualizarse a partir de la mezcla indio, español y negro, entre otros, y como tal, es un ente indefinido, ambiguo. Su concepción está fijada a partir de lo negativo, como lo señalan María Pérez en el texto "El ladino: base del desarrollo hegemónico en Centroamérica":

"Las referencias al ladino rompen la continuidad, el equilibrio, la línea y entran en el juego de la ambigüedad, del doble, de la máscara,..." (Pérez et al. 1996:101).

conceptos que describen plenamente el ser del Magistrado como personaje ambiguo, mentiroso, que se cubre con la máscara del engaño discursivo y sólo se la quitará cuando haga uso de una represión indiscriminada ante el carácter obsoleto de sus palabras. No debe olvidarse, sin embargo, que el ladino es un elemento importante dentro de la conformación de una determinada identidad, en tanto asimile ésta. El Magistrado,

en cambio, pretende europeizarse plenamente, mas no lo logra pues no llega a romper en un ciento por ciento con sus raíces, ni tampoco se le permite acceder a su deseo, es decir, no logra inmortalizarse a través del Larousse ni se perpetúa en el poder hasta su muerte. El poder que en su momento posee no logra brindarle el afrancesamiento con el cual sueña, pues la existencia de la polaridad imposición/resistencia se rompe y privilegia a la segunda, lo cual trae como consecuencia su derrota y derrocamiento. Como ladino, es decir, como agente de destrucción y de muerte, de acuerdo con las palabras de Helio Gallardo en el texto *500 años: Fenomenología del mestizo*, el ladino (en este caso el Magistrado) no acepta su condición de latinoamericano y aspira a lo que nunca podrá ser: un asimilado por la cultura europea, un inmortal, un dios en la mente y el recuerdo de su desangrado pueblo. El recurso, del cual se vale para prorrogarse indefinidamente como "Presidente", deriva en una imposición de un poder de sometimiento que, irremediablemente, lleva a la humillación del "otro" (el pueblo, su Nación). Esto contribuye a establecer que la identidad del sometido (su país) se mantenga, mientras que la suya flaquea, se separa, se tergiversa y lo sume en

la ambigüedad; es decir, lo disgrega, lo margina y lo lleva al olvido.

Choque de culturas

Todo esto contribuye a que el Magistrado sea, por lo tanto, un ladino, con toda la connotación negativa que el término posee. Conviene, entonces, definir tal término. Indica Gallardo, en el texto citado, que el mestizo o ladino (en este texto en particular, pues en otros hay diferencia en la conceptualización de estos vocablos) es aquel que rechaza sus raíces y se ubica del lado del opresor, por lo que se lo asocia con lo engañoso y taimado. De tal manera el ladino, en su función restrictiva de mestizo:

“...rompe con su raíz social y la rechaza (...) ...se propone una meta imposible y autodestructiva...” (Gallardo 1993:121).

La cita anterior confirma la actitud del Magistrado y lo revela tal cual es: ente deseoso de dominio, capaz de vender la dignidad de su Nación si ello le garantiza dominio y un nombre capaz de asimilarlo a la perpetuidad y al reconocimiento de la otredad, que la cultura europea representa, puede darle y que él anhela.

En su desesperado intento por aferrarse al poder, y utilizar éste como el medio que le permita acce-

der a la inmortalidad de su memoria, el tirano recurre, tal como ha sido mencionado, a la más violenta y descarnada represión en contra del malestar de su gente:

“Y ahora corren, huyen, las gentes despavoridas, dejando cuerpos y más cuerpos y otros cuerpos más en el pavimento, arrojando banderolas y pancartas, tratando de meterse en los zaguanes, de forzar las puertas cerradas, de saltar a los patios interiores, de levantar las tapas de las cloacas. Y las tropas avanzan, despacio, muy despacio, disparando siempre, pisando a los heridos que yacen en el suelo, o rematando, a culata o bayoneta, al que se les agarra de las polainas y botas”. (Carpentier 1974:289).

o bien esta otra cita, la cual también es reveladora del sistema de represión del cual es víctima el pueblo:

“¿Y si se resisten, si tiran ladrillos desde las azoteas, si desjarrretan a los caballos, como hicieron en 1908?” –“En ese caso– ...¡plomo con ellos! (Carpentier 1974:64).

Estas citas son entonces claro referente de la lucha que se da entre los dos bandos establecidos a partir de la lucha por cambiar e imponer que realiza el Magistrado, y el

deseo de liberación y defensa del ser propio por parte del pueblo.

Cabe señalar, además, y según ya se ha indicado anteriormente, la incapacidad del tirano de romper, en su totalidad, con sus raíces y de asimilarse, de una vez, a su anhelo europeo. Sus gustos por la cocina criolla son el ejemplo claro y manifiesto de la posesión plena y reveladora de su ser ambiguo. El nexo umbilical jamás se rompe del todo, y ello lo torna más complejo. Así, por lo tanto, sus gustos gastronómicos lo delatan claramente:

“Luego era una espera achinchorrada, con trago de aguardiente y habano de Romeo y Julieta, hasta que, a la voz de ‘¡Arrímense!’, apareciera, sobre dos anchas tablas de nogal montadas en burros de carpintería, el desayuno ranchero de huevos en salsa de mucha guindilla, frijoles refritos, tortillas de maíz, chicharrones de cerdo y queso blanco, trabajado con mano de almírez y presentado en hojas de lo que fuese –con tal de que fuese verde– a falta de hojas de plátano” (Carpentier 1974: 344-345).

La cita anterior corrobora que éste deviene en personaje ambiguo, pues no es europeo, y va abandonando sus valores primigenios, americanos. Al convertirse en un

desarraigado, pierde su posibilidad de completud (europeizada) y ya no puede tampoco retroceder. A partir de tal dilema, se va configurando su fracaso y posterior derrota. El vegetar entre dos culturas, sin lograr asimilarse plenamente a alguna de las dos, lo va precipitando, paradójicamente, en el olvido, en un universo aparte, en el cual se va moviendo ya como un desterrado.

Por otra parte, su carácter de ilustrado es sólo aparente, pues en realidad se configura como el gran bárbaro, cuya función se define en el paralelo civilización-barbarie, lo que contribuye a moldearlo y lo afirma poco a poco en el papel del salvaje, pues debe recurrir primero al engaño discursivo, y luego a la represión, para mantenerse en el poder:

“Y luego –serían las cinco– empezó el allanamiento de las casas: policías llovidos del cielo corrían sobre los techos, caían en los patios, entraban en las cocinas, rompían puertas, reptaban bajo las camas, registraban los armarios, volteaban las gavetas, abrían baúles, entre llantos de mujeres, gritería de niños, maldiciones de abuelas...” (Carpentier 1974:201-202).

Las idas y venidas, además, en que se desenvuelve su mandato de su

país a París y viceversa, contribuyen a aumentar en él su carácter medianamente ilustrado, pues su mandato en sí lo define como un represor, y en consecuencia se configura como el gran bárbaro, cuya función en el paralelo civilización-barbarie, contribuye a moldearlo y lo afirma poco a poco en el papel del salvaje, que debe recurrir primero al engaño discursivo y luego a la represión para mantenerse en el poder:

“Terminado el discurso con un emocionado llamamiento a la ecuanimidad, concordia y unión de todos los ciudadanos de buena voluntad, dignos herederos de los Fundadores de la Nación y Padres de la Patria (...), el orador, oídas las últimas exclamaciones, se retiró al Salón del Consejo...” (Carpentier 1974:59).

“...las tropas sueltas, desbandadas, incontenibles se dieron a la caza de hombres y de mujeres, a bayoneta, a machete, a cuchillo, sacando los cadáveres traspasados, abiertos, descabezados, mutilados, al medio de las calles, para mejor escarmiento” (Carpentier 1974:95).

Civilización-barbarie

La presencia de su pseudo-erudición no lo exime de su barbarismo, derivado del uso desmedido de la re-

presión, de su falsa racionalidad y de su carencia de justicia, a lo cual se le adjunta su separación paulatina de los valores sociales preconcebidos de su Patria y la exaltación desmedida que hace de lo francés, lo que lo lleva a derivar en bárbaro “des-centrado”. Su actitud se mueve en un universo antagónico: la del hombre (semi) ilustrado y la de aquel que utiliza la represión indiscriminada que le permita mantenerse en el poder, vendiendo su dignidad cual simple mercancía. Su discurso florido deriva en uno de represión, de violencia y de sangre. De tal manera que quien no esté con él está contra él, como cabe sin duda pensar. Ello lo llevará, inexorablemente, al aislamiento y a su caída.

En relación con lo anterior, el enfrentamiento que irremediablemente sostendrá el “presidente” en contra de “su” pueblo, está más allá de un simple problema de tiranía y búsqueda de libertad. El fin último de la Nación –intelectuales, universitarios y “masa”– es el de luchar por la libertad y no perder los valores inherentes que la opresión manifiesta ha intentado debilitar. Ese pueblo criollo asume la acción de reivindicar a la Nación y actúa finalmente hasta derrocar al usurpador. Se inicia, así, un proceso de consolidación de valores y de libertad.

Ello reafirma la idea de que el Magistrado ha desplazado parte esencial de los valores culturales heredados y ha interiorizado otros, en contraposición de aquellos valores de los hombres y mujeres a los cuales somete. No posee, como ha sido señalado, la actitud de arraigo que posee el Otro (su pueblo y el europeo) La imposibilidad de ver su nombre inscrito en el Larousse, símbolo de la cultura excelsa, y particularmente de la cultura francesa, y puente insoslayable hacia la inmortalidad y permanencia de su memoria, se da a causa de su fracaso como “presidente”, pero también, y quizás como razón fundamental, de su fallido intento de arraigarse a una cultura que no lo acepta y que le niega la incorporación a ésta, a sus programaciones culturales. La consciencia de cultura que éste rechaza por un lado y que busca por otro, es lo que lo convierte, tras su derrocamiento, en un marginado. No obstante, el rechazo a ciertos rasgos caracterizadores del grupo social que se ve envuelto en la represión, es lo que determina su separación y, por ende, su consecuente marginalidad. Su posterior intento de ir acoplándose a una nueva cultura, la foránea, la cultura “mayor” como parece concebirla, lo separa, lo disgrega de unos pero no le abre el espacio para penetrar en esa cultura. Su ubicación intermedia entre unos y

otros, sin ser ni uno ni otro, lo marca, lo separa, lo disgrega, lo convierte en un marginal, en un ladino, en tanto que aspira a otra cultura sin alcanzarla, a partir de la negación paulatina de la propia. La separación de su pasado histórico, de su herencia cultural, lo deslegitiman y lo separan de su mismidad. El tiempo lo convierte en doblemente traidor, en la medida en que se vale de la represión para mantenerse en el poder, pero también al deslegitimar los valores que caracterizan el ser de su Nación y considerarlos como retrógrados. A pesar de esto, irremediablemente deriva en una forma de ambigüedad existencial, pues no logra romper completamente con sus raíces ni logra consolidar su anhelo de incorporación a otra cultura, a otra identidad cultural:

“...una estupenda pescadería donde vendían calamares, gambas, chirlas, bastante parecidos a los de allá, y unas almejas a las que, en las playas de La Verónica, salían de las arenas, como atraídas por imán, cuando advertían que sobre ellas se había sentado una mujer deseosa de hombre. En una tienda, cerca, vendían ollas y cazuelas de barro, y, robándose ladrillos de una obra en construcción –llevados de dos en dos, cada día, en el saco de hule, donde cargaba con li-

mones, ajos y perejiles-, había transformado la estufa de la mansarda en fogón criollo, alimentándolo con leña traída, en pequeños haces alambrados, del Bois-Charbons de Monsieur Musard, al que iba muy a menudo, ahora, pues se estaba aficionando grandemente al Muscadet y al Gaillac dulce -vinos que, según decía, ‘le entonaban el cuerpo’ ...Y empezó a vivirse, allí, bajo techo de pizarra, en latitud y horas que eran de otra parte y de otra época...” (Carpentier 1974:344).

La cita anterior esboza claramente la imposibilidad de romper con lo establecido, con los valores culturales heredados, y, asimismo, de plegarse totalmente a otros que constituyen su deseo. El Magistrado pasa así por un proceso de desconocimiento-reconocimiento, que hace de él el sujeto “extraño”, mezcla de un “acá” y un “allá” que no lo asimilan. Al tratar de desconocer sus rasgos culturales heredados, trata de reconocerse en otros, los de la cultura francesa, para intentar “ser” a partir de estos, mas su intento deviene en fracaso y se convierte en un personaje “puente”, inadaptable, incapaz de reubicarse y de ser ubicado; de allí su proceso identificador cultural, que lo desplaza hacia la categoría de ladino, de no ubicable en una de las culturas bipola-

res textuales (la de su país nativo y la europea). Ello provoca que se convierta en un antihéroe, de lo cual parece no ser consciente, pues su deseo radica en consolidarse como el héroe, el semidiós, el inmortal en el recuerdo de los pueblos (aquellos representantes de la “verdadera” cultura y los otros sumidos en la barbarie) Su ambigüedad se torna siniestra, pues lo margina y lo condena, mata su poder y lo desaloja del mando para dar cabida a otro. Deviene, así, en expresión clara del “caudillo” poseedor de antivalores, el cual escinde el paralelo memoria- proyección, al olvidar los rasgos definitorios de su programación social, e independizar plenamente estos: rechaza la relación inmediata definitoria del ser que implica que una determinada memoria social lleva a una consecuente proyección como producto de ésta, e intenta, más bien, romper con tal memoria para fundarse a partir de una nueva proyección definida con base en otra escala de valores culturales. La ruptura del diálogo con su pueblo, lo va convirtiendo, al no calzar en la cultura foránea, en un inadaptable.

CONCLUSIÓN

Su caída y destierro produce un fenómeno inverso al esperado: comienza a añorar lo que ha dejado

atrás, es decir, ya no lee los periódicos europeos sino que espera los de “su” tierra, saborea los platillos nativos de allá, abandona los lujos y se hace a una vida más sencilla, a una existencia que siempre rechazó.

Todo ello hace que el Magistrado “evolucione” económica y socialmente (en cuanto a reconocimiento y estatus), se confirme durante muchos años en el poder, y luego sea derribado; es decir, pasa por tres estados sociales diferentes, lo que lo convierte en el único que sufre un proceso diferente de los demás. Su anonimato, su consolidación y riqueza, así como su caída, olvido y muerte, hacen de él el personaje con mayores variaciones vitales (de vida) y textuales. Su frase:

“Nos vamos haciendo gente, Peralta; nos vamos haciendo gente” (Carpentier 1974:221).

es el signo claro de su percepción en torno al poder y el desarrollo social. La miseria del pueblo pasa a segundo plano. De tal manera que la percepción de mundo entre uno y otros (Magistrado y pueblo) es totalmente diferente, pues uno ve en ello la complacencia de sus caprichos e imposiciones y el otro su deseo de aplacar su miseria y tratar de progresar.

Por otra parte, y en relación con lo anterior, cabe señalar que la memoria, de la que habla Jacques Le Goff en *El orden de la memoria*, como aquella capaz de conservar informaciones y de controlar el olvido, deviene en una de las mayores posesiones del ser humano, y el documento, como soporte escritural, contribuyen a afianzar la permanencia del recuerdo. La relación intrínseca entre uno y otro, como parte de esa memoria colectiva, tienden a establecer perennidad en las acciones, hechos y existencia de los hombres. El Magistrado se aferra a tal concepción en busca de su perpetuidad, lo cual, sin embargo, no consigue y se pierde en los hilos de la historia colectiva y de su historia individual. El pueblo, en cambio, define su futuro, e intenta consolidar su permanencia a partir de la necesidad de defender sus valores en contra de la opresión y la imposición de valores extraños, que degenerarían en antivalores. La bipolaridad parecer-ser se rompe al final y es el pueblo quien se encarga de privilegiar la necesidad del ser primigenio, conectado directamente con sus raíces. El Magistrado se oculta, se disfraza, se diluye; rompe con la mayoría de sus valores, establecidos a partir de la programación social; se define no sólo como el poseedor de la ley y el poder, sino como la ley misma y se afianza, des-

póticamente, en un poder no reafirmado por su nación. De allí la dureza de su caída y de su fracaso de inmortalidad y reconocimiento.

Finalmente, es así como su caída se constituye en el símbolo del triunfo de los oprimidos y acaba por hacer patente el choque de caminos definitorios de identidad en que se mueve el texto. La identidad no es sólo una, pues ésta se afirma a partir de una concepción cultural. La caída del Magistrado es consecuencia de su inflexibilidad y respeto, de su egoísmo y vanidad, de su intento por consolidar, en una nación de valores establecidos, otros valores que entren en conflicto con estos, con el ser mismo de una nación y, a partir de tal arbitrariedad, imponer su voluntad por encima de la dignidad y el valor humanos. La inversión del plano opresor-oprimidos a derrocado-liberados, y la consecuente muerte del primero, apuntan a un horizonte definitorio: la identidad como proceso ligado al sujeto. Triunfo y derrota, ascensión y caída, elementos secundarios en el ser y desarrollo individual y grupal. El Magistrado termina ubicándose en una "dimensión" distinta de unos y otros, lo cual lo convierte en un marginado y así se convierte en el ladino o mestizo, del cual se ha hecho mención. Su intento de hacerse de otro lugar, es lo que lo lleva a

descentrarse, a no encontrar un lugar dentro de la polaridad establecida. En otras palabras, queda desplazado, sin lugar. La asimilación primera provoca, no un desplazamiento, sino una desubicación. De tal manera, que el Magistrado se convierte, como lo señala Helio Gallardo, en un ladino de mierda:

"...mestizo inevitable de las sociedades latinoamericanas que busca ignorar la interacción que lo constituye o que desdeña y sesga una región de su raíz social como pura exterioridad" (Gallardo 1993:154).

Es el Magistrado el hombre incapaz de volver sobre sus pasos. Fracasa en su afán de incorporarse a una cultura que lo rechaza, y se halla imposibilitado de regresar a su primigenia cultura (la cual tampoco añora). No obstante permanece la duda manifiesta por la misma Mayorala, la cual ve en él un probable cambio que escapa a su entendimiento:

"-'Desterrado'...-'Expulsado'...-'Extrañado'...-'O huido'...-'Escapado'...-'En fuga'...-'Yo, lo que sé es que estaba en una iglesia' -observaba la Mayorala-: 'Y los comunistas no visitan iglesias ni en siendo Semana Santa.' Y volvían las conjeturas: 'Desterrado'...-'Ex-

trañado'...'Escapado'...'Acaso arrepentido'...'Converso'...'Crisis mística'...'Peleado con su gente'...' (Carpentier, 1974:355-356).

El Magistrado encuentra que, después de su destierro, la tierra soñada, anhelada, en la cual la cultura era el camino de la luz, ahora le ha de servir únicamente para convertirse en su última morada, es decir, hay un descenso simbólico: es el descenso a la tierra, pero la tierra europea.

Él, que hizo de su mandato o poder un recurso de violencia, de saqueos, de asesinatos y represión para mantenerse en él, descubre al final que todo ello no vale para ser respetado en el universo de la cultura. La entrega paulatina de su identidad primaria lo convierte en un ser extraño para unos y otros; enajenado.

El Magistrado...paradigma de la separación, del rechazo y de la imposibilidad de acoplamiento. Paradigma de la no aceptación, en contraposición de una América Latina que, según el mismo Carpentier, debe dejar de volverse hacia Europa, para definir su propio destino, el cual no logrará si no es capaz de defender su derecho a la autonomía. Así, señala él mismo, se debe aprender a conocer y a entender, pero jamás debe interpre-

tarse ello como un dejarse colonizar. Ya lo decía Martí, en "Nuestra América", que se cubren con la máscara quienes desdeñan la Patria para intentar asumirse en lo que no son, negando las raíces de su ser. América debe levantar indómita la voz de la dignidad y el coraje que impulsa hacia la libertad y la soberanía, y sesgar la desvergüenza de aquellos que, vendiéndose, pretendan mancillarla.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORETTI HURTADO, María Gertrudis, 1993. *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*. San José, Costa Rica. Editorial Costa Rica.
- ARCE VARGAS, Fernando Arturo, 1985. *Literatura hispanoamericana contemporánea*. San José, Costa Rica. Editorial UNED.
- ARIAS, Salvador, 1997. *Recopilación de textos sobre Alejo Carpentier*. Cuba. Casa de las Américas.
- ARROYO, Anita, 1980. *Narrativa hispanoamericana actual*. Barcelona. Editorial Universitaria de Puerto Rico.
- BERISTÁIN, Helena, 1988. *Diccionario de retórica y poética*. Segunda edición. Méjico. Editorial Porrúa.
- CARPENTIER, Alejo, 1974. *El recurso del método*. La Habana, Cuba. Ediciones Huracán.
- CARPENTIER, Alejo, 1990. *Obras completas de Alejo Carpentier*. Ensayos (volumen 13). Méjico. Editorial Siglo XXI.

- CHARPENTIER ARIAS, Bolívar y Martín Arguedas Fernández, 1978. *El recurso del método o las picarescas del dictador latinoamericano* (Tesis). Universidad de Costa Rica. San José. Costa Rica.
- DORFMAN, Ariel, 1988. *De elefantes, literatura y miedo: Ensayos sobre la comunicación americana*. La Habana. Cuadernos Casa.
- DURÁN LUZIO, Juan, 1982. *Lectura histórica de la novela*. Heredia, Costa Rica. Editorial de la Universidad Nacional.
- GAÍNZA, Gastón, 1992. "Herencia, identidad y discursos". En: *Herencia*, I (1).
- GAÍNZA, Gastón, 1993. "De exilios y extrañamientos". En: *Herencia*, V. (2).
- GALLARDO, Helio, 1993. *500 años: Fenomenología del mestizo*. San José, Costa Rica. Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- HURTADO ORTIZ, Gerardo César, 1978. *El discurso del método en El recurso del método* (Tesis). Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica.
- LE GOFF, Jacques, 1991. "Memorias". En: *El orden de la memoria*. Buenos Aires. Ediciones Paidós.
- LE GOFF, Jacques, 1991. "Documento / Monumento". En: *El orden de la memoria*. Buenos Aires. Ediciones Paidós.
- ORTIZ, María Salvadora, 1985. "La parodia al *Discurso del Método* de René Descartes, En: *El Recurso del Método* de Alejo Carpentier" En: *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. XI (2).
- ORTIZ, María Salvadora, 1988. "La artificialización y sus recursos estilísticos: medio para mostrar la identidad latinoamericana" en *Káñina*. XII (2).
- ORTIZ, María Salvadora, 1986. "La Concepción de lo real maravilloso en Alejo Carpentier: Una lectura de *El recurso del método*" En: *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. XII (2).
- PÉREZ, María y Yamileth González, 1996. "Identidad de identidades", en *Identidades y producciones culturales en América Latina* (María Salvadora Ortiz, compiladora) San José, Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- PÉREZ, María, Ligia Bolaños y Yamileth González, 1996. "El ladino: base del desarrollo cultural hegemónico en Centroamérica", en *Identidades y producciones culturales en América Latina* (María Salvadora Ortiz, compiladora) San José, Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- UMAÑA CHAVARRÍA, José Otilio, 1996. "El texto patriarcal: marcas de identidad en la práctica textual latinoamericana", en *Identidades y producciones culturales en América Latina* (María Salvadora Ortiz, compiladora) San José, Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- VARGAS ARENAS, Iraida y Mario Sanoja Obediente, 1992. *Historia, identidad y poder*. Caracas. Fondo Editorial Trópykos.